

Muchos grupos de ultraizquierda no han superado el planteamiento leninista de análisis de la sociedad o de la organización obrera. No se trata sólo de que reducen la revolución a un problema de organización de la misma economía . . . capitalista.

LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA nos permite, desde la enseñanza de la historia obrera, realizar una crítica real del propio leninismo y de los mismos movimientos de extrema izquierda, anclados en sus esquemas.

Jean Barrot recuerda y subraya la vieja tesis de que el final del capitalismo sólo puede llegar por la destrucción del propio sistema de producción capitalista basado en la ley del valor.

69 SERIE "V"



Jean Barrot

LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA

V  
69

0



JEAN BARROT  
LENINISMO Y  
ULTRAIZQUIERDA



50  
A

# LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA

Jean Barrot

**LENINISMO  
Y ULTRAIZQUIERDA**

(Contribución a la crítica  
de la ideología de ultraizquierda)



**Colección:**

**"Lee y Discute"**

**Serie V - Núm. 69**

Colección "Lee y Discute". Serie V. Núm. 69.  
Edita ZERO, S. A. Artasamina, 12. Bilbao.  
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. Lérída, 80. Madrid-20.  
© Reservados todos los derechos.  
Madrid, noviembre, 1976.  
Portada de Ignacio Pérez Piñó.  
Printed in Spain. Impreso en España.  
I.S.B.N.: 84-317-0388-1.  
Depósito legal: M. 37073-1976.  
Imprime: Gráficas Color. María Zayas, 15. Madrid-29.

*LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA (Contribución a la crítica de la ideología de la ultraizquierda) supone un interesante análisis de las teorías de los movimientos izquierdistas que han ido surgiendo, a lo largo de la historia, por oposición al leninismo.*

*Resulta cierto para muchos, que estos grupos aun dentro de su verdad, están llenos de contradicciones, tanto en la teoría como en la práctica política.*

*De hecho una de esas contradicciones puede ser que su crítica al leninismo no ha tocado fondo, que no ha llegado a superar en sus esquemas los propios planteamientos de Lenin.*

*Precisamente la explicación y crítica de estas contradicciones es lo que Jean Barrot trata en el libro.*

*Para el autor tanto Lenin como la izquierda de la época (más en concreto la alemana) se limitaron a tratar el problema de la revolución como un problema de gestión de la economía, mientras que la superación del capitalismo no está en una nueva y más «racional» gestión, sino en la destrucción de las mismas bases del sistema capitalista, es decir de la ley del valor por la que se rige.*

*Esta falta de perspectiva obedeció fundamentalmente —según Barrot— a una limitación histórica. Es muy posible que hoy y ahora, con el desarrollo del capitalismo a escala mundial y con el contenido real del movimiento revolucionario*

rio, nos resulte posible criticar esa concepción leninista e incluso aportar, recogiendo las enseñanzas de la historia obrera, nuevos modelos organizativos y de lucha y una mayor claridad respecto a los contenidos, las formas de organización social de una sociedad no basada por más tiempo en la división y el beneficio.

El texto que presentamos a continuación es el fruto del trabajo de un grupo «informal» de camaradas que, después de haber militado en la ultraizquierda, empezaron a poner en tela de juicio las concepciones fundamentales de esta corriente. Había sido redactado para la reunión organizada en junio de 1969 por I.C.O. (el boletín Information et Correspondance Ouvrière reúne desde 1958 un grupo de obreros y de militantes de ultraizquierda). Esperábamos entrar así en una discusión de fondo con los militantes ultraizquierdistas que queríamos contrastar se hallaba en un estado de descomposición avanzada. Si, tal y como se dice de vez en cuando, nuestra época es la época de la muerte de todas las ideologías, no parece que la ideología de ultraizquierda se libere de su fin. Todo cuanto podemos hacer es acelerar un proceso iniciado ya hace tiempo. Lo importante es intentar avanzar haciendo progresar nuestro trabajo teórico: así es como hemos aprovechado la ocasión para desarrollar largamente la parte del texto dedicada a la dinámica del capitalismo y a la ley del valor. El problema de la liquidación de la ideología ultraizquierdista está en vías de solucionarse, no por obra y gracia de nuestro texto, sino por el movimiento mismo de la sociedad: lo que ahora interesa es plantear los problemas de la revolución.

---

## INTRODUCCION

---

*«No es solamente en sus respuestas, sino en las propias preguntas donde había una mixtificación.»*

C. Marx  
(La Ideología Alemana)

*No hay lugar a dudas que uno de los objetivos esenciales de la reunión organizada por I.C.O. será «coordinar» la actividad de los diferentes grupos ultraizquierdistas existentes en Francia y en el mundo. Pero de entrada surge una pregunta: ¿qué actividad? Sólo pueden coordinarse trabajos que vayan en el mismo sentido, que giren en torno a las mismas preocupaciones, lo que naturalmente no significa un acuerdo teórico total, pero sí supone, en cualquier caso, una discusión. Esta discusión únicamente puede referirse al fondo de la cuestión. Es por ello que, para preparar esta reunión, proponemos una contribución teórica sobre dos puntos esenciales y estrechamente enlazados, de modo que en realidad no constituyen otra cosa que una unidad: el problema llamado de «la organización» y el problema del contenido del socialismo. En definitiva el medio y el fin del movimiento revolucionario. La corriente de ultraizquierda*

*(ya indicaremos un poco más adelante lo que entendemos por eso) se ha pronunciado y definido en estos dos puntos. Ahora bien, nosotros querríamos reflexionar en este momento sobre las soluciones propuestas por dicha corriente.*

*Lejos de apartarnos del trabajo concreto, nuestro planteamiento de la cuestión constituye a nuestros ojos, la única manera de permitir una «coordinación» real del trabajo de los diferentes grupos de ultraizquierda presentes en las reuniones nacional e internacional. Todos los ultraizquierdistas para los que la actividad revolucionaria es realmente un problema práctico no pueden por menos que plantearse el problema teórico de la orientación de su trabajo.*

*Está claro que nuestra crítica deberá ser, entre otras cosas, histórica: no pretendemos oponer a rajatabla unas ideas a otras ideas, sino situar históricamente las concepciones que examinamos. Este procedimiento queda tanto más justificado por el hecho de que las concepciones en cuestión se definen por una referencia constante a un pasado bien delimitado y a unas teorías aparecidas en un período determinado de la historia del movimiento obrero.*

## I. LA CORRIENTE DE ULTRAIZQUIERDA

---

¿Qué es entonces la corriente de ultraizquierda? El producto y uno de los aspectos del movimiento revolucionario que siguió a la Primera Guerra Mundial y estremeció a la Europa capitalista sin llegar a destruirla entre 1917 y 1921-23. Las ideas ultraizquierdistas tienen sus raíces en esta corriente de los años Veinte, que expresaba a su vez la lucha de decenas de millares de obreros revolucionarios en Europa. Ante todo, se trataba de un movimiento minoritario que se oponía a la orientación general del movimiento revolucionario mundial. El mismo término es significativo: está la derecha (los social-patriotas Ebert, Longuet...), el centro (Kautsky, la mayoría del P.C.F.), la izquierda (Lenin y la Internacional Comunista), y los ultraizquierdistas. La corriente de ultraizquierda se define pues en una primera aproximación como de oposición: oposición en el seno del K.P.D., de la I.C. Este movimiento minoritario se afirma oponiéndose a la mayoría de la I.C., a las tesis que triunfan en el movimiento comunista internacional, o sea, al leninismo. La corriente de ultraizquierda obtiene su fuerza principalmente del movimiento revolucionario en Alemania y en los Países Bajos, mientras que las bases de apoyo que posee en Francia y Gran Bretaña son poco

relevantes<sup>1</sup>. (Dejamos aparte deliberadamente a la izquierda italiana, el «bordiguismo», ya que no lo incluimos en la ultraizquierda, dejando su examen para algo más adelante. En cierto modo admitimos como «criterio» de la ultraizquierda *la oposición comunista de izquierda al leninismo en su conjunto, como teoría y práctica*).

Un estudio del movimiento de ultraizquierda muestra que está lejos de ser monolítico (ver el folleto de I.C.O. sobre el movimiento de los consejos en Alemania). Además, sus diferentes tendencias evolucionaron según los años y las circunstancias: por ejemplo, *la Respuesta a Lenin* de Gorter desarrolla una concepción del partido que no adopta la mayor parte de la corriente del «socialismo de los consejos». Sobre los dos puntos fundamentales (la «organización» y el contenido del socialismo) sólo estudiamos las ideas retenidas por el desarrollo ulterior de esta corriente y por lo tanto por los grupos ultraizquierdistas actuales, de los que I.C.O. es sin duda uno de los mejores ejemplos.

Las concepciones ultraizquierdistas en lo que atañe a la organización son a la vez el producto de una experiencia práctica (las luchas obreras en Alemania sobre todo) y de una crítica teórica (la crítica del leninismo). Es sabido que, para Lenin, el movimiento obrero no puede ser revolucionario por sí mismo: necesita un partido que le aporte la «conciencia de clase», la «conciencia socialista». El problema revolucionario central consiste en forjar una «dirección» capaz de llevar a los obreros a la victoria. Al esforzarse en teorizar la experiencia de las organizaciones de fábrica en Alemania, los ultraizquierdistas opusieron a la teoría leninista la concepción según la cual la clase obrera no tiene necesidad alguna de ser dirigida por un partido para ser revolucionaria. La revolución sería la obra de las masas organizadas en consejos obreros y no de un proletariado

<sup>1</sup>Cf. la obra a punto de aparecer de Denis Authier sobre el movimiento comunista en Alemania de 1914 a 1921.

guiado y controlado por unos revolucionarios profesionales. El K.A.P.D.<sup>2</sup>, cuya actividad teoriza Gorter en su *Respuesta a Lenin*<sup>3</sup>, concebía todavía su papel como una vanguardia organizada aparte de las masas que tiene por función esclarecerlas y no dirigir las, como en la teoría leninista. Pero incluso esta concepción se veía superada a los ojos de otros ultraizquierdistas opuestos a la dualidad partido-organización de fábrica: los revolucionarios no deberían buscar reagruparse en organizaciones especiales distintas de las masas. Esta tesis condujo a la creación en 1920 de la A.A.U.D.-E.<sup>4</sup> que reprochaba a la A.A.U.D. de ser la «organización de masa» del K.A.P.D. El comunismo de los

<sup>2</sup> Ver *Le mouvement des conseils en Allemagne*, publicado por I.C.O., y los documentos contenidos en el número 7 de *Invariance* (sobre todo *Le K.A.P.D. au troisième congrès mondial (1921)* p. 81-94 y sobre I.C.O. —K.A.I. en alemán— p. 94-102). K.A.P.D.: Partido Comunista Obrero Alemán. Fue el resultado de la exclusión de 60.000 «izquierdistas» del Partido Comunista Alemán (K.P.D.) (100.000 miembros en total). Se oponía resueltamente a la dirección leninista-luxemburguista preconizando: 1.º el abstencionismo sistemático en las elecciones en la nueva fase del capitalismo en la que el parlamentarismo ya no desempeña ningún papel y perece más o menos rápidamente; 2.º la destrucción de los sindicatos, órganos del «parlamentarismo económico». Además, presionaban a fondo por la creación de la III Internacional, mientras que la derecha del K.P.D. la juzgaba prematura. La evolución de Rusia les llevó a partir de 1921 a entablar la crítica de la sociedad y el Estado rusos (capitalismo administrado por una burocracia) y, por ende, la crítica de la IIIª Internacional, convertida en uno de los instrumentos de la política extranjera de Rusia. Con grupos de otros países, el K.A.P.D. constituyó una efímera *Internacional Comunista Obrera*. Cf. al respecto la declaración de Trotsky contra esta IVª Internacional en el número 11 de I.S.

<sup>3</sup> Reeditado en francés en 1969. En venta en la librería La Vieille Taupe, 1, rue des Fossées-Saint-Jacques, París 5.

<sup>4</sup> La Unión General de Trabajadores de Alemania (A.A.U.D.) reagrupaba a los obreros revolucionarios de las organizaciones de fábrica. La A.A.U.D.-E.; «Unión General de Trabajadores de Alemania-Organización Unitaria», surgida de una escisión de la A.A.U.D. El calificativo *Unitario* expresaba el rechazo de la distinción entre organización política (partido) y organización económica (sindicatos, consejos) del proletariado.

consejos, y en primer lugar su teórico más brillante, Pannekoek<sup>5</sup>, retendría las ideas de la A.A.U.D.-E. Asimismo, el trabajo de I.C.O. se basamenta sobre esta concepción: todo reagrupamiento de los revolucionarios fuera de los órganos creados por los mismos obreros, y que intente dotarse de una línea y formular una teoría coherente y global, a la larga y fatalmente se pondrá enfrente de los obreros. Por lo tanto, todo cuanto tienen que hacer los revolucionarios es contribuir a la circulación de las informaciones, al establecimiento de los contactos, pero jamás intentar, como grupo, elaborar una teoría y una orientación de conjunto.

El contenido del socialismo ha sido concebido también a partir de la experiencia proletaria de la época y de la crítica del leninismo. Los ultraizquierdistas veían el desarrollo prodigioso en Alemania y en Rusia de los comités de fábrica, de los consejos obreros. En Alemania, los consejos quedaron sujetos a la dominación política de los reformistas. En Rusia, las tareas que podían cumplir fueron limitadas al control obrero (1917 y principios de 1918), siendo liquidado el movimiento a continuación. Los bolcheviques, decía Lenin, deben administrar Rusia. Un aparato burocrático se formó poco a poco para gestionar la economía rusa. Los ultraizquierdistas denunciaron esta caricatura del socialismo y plantearon la que sería su tesis fundamental al respecto: el socialismo no es gestión de la sociedad por una minoría de «administradores», sino por las masas obreras organizadas en consejos. El socialismo es la

---

<sup>5</sup> Camarada de Herman Gorter, Anton Pannekoek escribió *Worker's Councils* que sintetiza en cierto modo las ideas «consejistas»; han sido publicados extractos importantes en los *Cahiers du Socialisme des Conseils*. Pannekoek escribió también *Lénine philosophe (Cahiers Spartakus)*, donde demuestra que el materialismo de Lenin se sitúa en el terreno del materialismo burgués (publicado por Editorial ZERO, S.A. el mes de octubre). Una antología de los textos de Pannekoek acaba de aparecer en E.D.I. realizada por Bricianer.

gestión obrera. Esta concepción ha permanecido en el centro de las ideas ultraizquierdistas. De este modo, la crítica del partido enlaza con la crítica del «socialismo» ruso. Al partido, instrumento de la toma del poder y de la gestión de la sociedad socialista, la ultraizquierda lo sustituyó por los consejos obreros.

Sobre estos dos puntos, la corriente ultraizquierda se ha fundado en los años 1920 a partir de una crítica del leninismo. Es lícito preguntarse si esta crítica, lo mismo que lo que criticaba, no es más que el producto de una época, y si no llevaba ya la marca de los límites de esa época. ¿Ha analizado la corriente de ultraizquierda el leninismo en profundidad? ¿O quizá tan sólo se ha quedado en las ramas sin llegar a alcanzar las raíces?

## II. EL PROBLEMA DE LA «ORGANIZACION»

El punto de partida metodológico de la teoría leninista del partido es una distinción que se encuentra en todos los grandes teóricos socialistas de la época e incluso en Engels al final de su vida<sup>6</sup>: según esta distinción, el «movimiento obrero» y el «socialismo» (es decir, las ideas, la doctrina, el marxismo, el socialismo científico, etc., pues puede llamárselo de diversas maneras) son dos cosas radicalmente diferentes y *separadas*. Por un lado, están los obreros y sus luchas cotidianas; por el otro, están el socialismo, los revolucionarios. Es preciso, dice Lenin retomando a Kautsky,<sup>7</sup> «introducir» las ideas revolucionarias en el medio obrero. Movimiento obrero y movimiento revolucionario están cortados el uno del otro. Hay que unirlos, asegurar la dirección de los obreros por los revolucionarios profesionales. Para hacer esto, los revolucionarios se reagrupan por separado e intervienen desde el *exterior* en el movimiento obrero. El análisis de Lenin, al situar a los revolucionarios fuera del movimiento obrero, se basa en una constatación aparentemente evidente: los revolucionarios parecen estar

<sup>6</sup> Ver su prefacio en alemán a *Las guerras campesinas*, escrito en 1874. Lenin lo cita largamente en el *¿Qué hacer?*

<sup>7</sup> Ver *Les trois sources du marxisme* (Cahiers Spartacus) y los comentarios de P. Guillaume y J. Barrot. Sobre los comienzos del movimiento obrero ruso y el nacimiento del leninismo, ver el prefacio de Denis Authier a Trotsky, *Rapport de la délégation sibérienne*, Spartacus, 1970.

en un mundo completamente distinto al mundo en el que se desenvuelve la vida cotidiana de los obreros. Ahora bien, Lenin no hace más que apoyarse en esta apariencia sin ir al fondo de las cosas: el movimiento revolucionario, la dinámica que lleva hacia el comunismo, es producido por la sociedad capitalista. Marx había elaborado su concepción del partido a partir de ahí. Marx escribe el término *partido* con frecuencia: hay que distinguir entre los principios que plantea y los análisis de coyuntura sobre la evolución del movimiento obrero de su época. No hay ninguna duda que algunos de sus análisis eran erróneos (como por ejemplo sobre los sindicatos). Por otro lado, no hay ni un solo texto en el que Marx afirme: he aquí lo que yo pienso sobre el partido, sino un gran número de notas dispersas en toda su obra. Así, los exégetas pueden gozar plenamente de ellas, aunque sí nos parece que se puede extraer claramente un punto de vista global de todos estos textos. La sociedad capitalista genera, desde sus propias entrañas, un partido comunista que no es más que la organización del movimiento objetivo (o sea independiente de la «conciencia» en el sentido de Kautsky y de Lenin) que empuja a esta sociedad hacia el comunismo (más adelante veremos lo que es y, en cualquier caso, lo que no es el comunismo). En período de paz social, el equilibrio de la sociedad permanece estable y los elementos del sistema se sostienen, no siendo posible ninguna ruptura. En esas condiciones, el movimiento revolucionario se reduce a algunos aspectos limitados y aun, ante una observación sumaria, irrisorios: luchas obreras parciales que ponen obstinadamente en cuestión ciertos fundamentos del orden establecido (por ejemplo, hoy en día, la puesta en cuestión de los sindicatos); asimismo, revueltas violentas que a menudo no proceden de los obreros, sino de algunas capas del campesinado o, incluso, en la actualidad, de los estudiantes, si bien estas revueltas no desempeñan más que el papel que la situación general de la sociedad les otorga en ese momento; finalmente,

pequeños grupos y aun individuos aislados, a los que viene llamándose los «revolucionarios». En este momento nos encontramos en una situación como la descrita. Mas no están por un lado los «obreros» y por el otro lado los «revolucionarios»: o más bien, si los revolucionarios parecen escindidos del proletariado, es precisamente porque el «proletariado» no puede afirmarse y erigirse en clase dominante. Lenin ve reformista al proletariado y se pregunta cómo podrá convertirse en revolucionario. Su contestación es simple: el proletariado sólo hará la revolución si se le aporta la conciencia de clase. Así las cosas, Lenin cava un foso tan grande entre reforma y revolución que los obreros no pueden franquearlo *solos*. La definición revolucionaria del proletariado, tal como aparece y se impone a Marx, hacia la mitad del siglo XIX, tras varias decenas de años de luchas obreras, se basa por el contrario en el *apremio histórico*. Cuando la situación no permite destruir las relaciones de producción capitalistas, el proletariado se ve obligado a vender su esfuerzo de trabajo: al pedir aumentos de salario está intentando, lo quiera o no, modificar las relaciones de distribución. Cuando aparece una situación revolucionaria, el proletariado ataca a las relaciones de producción. Por lo tanto, no desaparece nunca de la escena de la historia: la lucha de clases se dota de formas diferentes según el período, que la obliga a ser reformista o revolucionaria. Es por ello que el revolucionario se interesa antes que nada, no en lo que tal o cual proletario, o incluso el proletariado en su totalidad, se represente como objetivo, sino en lo que el proletariado se verá históricamente obligado a hacer. De lo que se trata es de comprender un proceso histórico y no de congelarlo aislando uno de sus elementos (ver lo que escribimos más abajo sobre la dinámica del capitalismo)<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Cf. Marx, *Révélations sur le procès des communistes*, in Rubel, *Pages choisies pour une éthique socialiste*, Rivière, 1947, p. 205.

En efecto, todo movimiento revolucionario corresponde a la sociedad de la que ha surgido así como a la que va a instaurar. El movimiento comunista, el partido en el sentido de Marx, refleja particularmente la división trabajo manual/trabajo intelectual. El partido no «escoge» esta división; al contrario, es la base sobre la que se desarrolla (el capitalismo) la que se la impone. En período de paz social, hay obreros revolucionarios aislados en sus fábricas y que hacen lo que pueden en el plano de las luchas cotidianas, en la crítica del capitalismo y de las instituciones que lo sostienen en medio obrero (sindicatos, partidos «obreros» reformistas). En general, lo consiguen bastante mal, lo que es completamente normal. Lenin querría que los «teóricos» dirijan a los «obreros»; I.C.O. rechaza esto enérgicamente y concluye que hay que evitar cualquier trabajo teórico colectivo. Pero el problema está en otra parte: revolucionarios «obreros» y revolucionarios «teóricos» no son más que dos aspectos de un mismo proceso. Creyendo ver ahí un profundo corte, Lenin no hacía más que tomar la apariencia por la realidad. Pero I.C.O. no hace más que invertir el error de Lenin, sin ver que esta pretendida separación no es más que una ilusión, como además lo demuestra el advenimiento de un período mínimamente revolucionario. ¿Qué hemos visto en Mayo-Junio 1968? Un cierto número de comunistas «ultraizquierdistas» que, antes y después de estos acontecimientos, consagraban y consagran lo esencial de su actividad revolucionaria a una crítica teórica de la sociedad capitalista, han trabajado con una minoría obrera revolucionaria. No fueron a ligarse ni a unirse a los trabajadores. Anteriormente, no estaban más separados de los obreros de lo que pueda estarlo cada obrero del resto de los obreros en la situación de atomización de la clase obrera que caracteriza a todo el período no revolucionario (como frecuentemente se ha demostrado, los sindicatos no disminuyen esta atomización, sino que la refuerzan). Marx no estaba más separado de los obreros

escribiendo *El Capital* que actuando en la Liga de los Comunistas en la Internacional: al trabajar en el seno de estos grupos, no tenía la necesidad imperiosa (como Lenin) ni el temor (como I.C.O.) de constituirse en dirección de la clase obrera.

La concepción marxista del partido como producto histórico de la sociedad capitalista, revistiendo diferentes formas según las fases que atravesase esta sociedad, permite superar el dilema necesidad del partido/temor del partido. El partido para Marx no es más que la organización espontánea (es decir, totalmente determinada por la evolución social) del movimiento revolucionario surgido del capitalismo. El partido surge espontáneamente del suelo histórico de la sociedad moderna. *La voluntad y el temor de «crear» el partido son tan ilusorias la una como el otro.* El partido no tiene ni que ser creado ni que no ser creado: es un puro producto histórico. El revolucionario no tiene entonces necesidad de construir el partido ni de temer construirlo. Dentro de un instante veremos las consecuencias prácticas de este punto de vista. Examinemos antes un argumento empleado a menudo por la ultraizquierda.

Hay que cuidarse de constituirse en partido, dicen; ved lo que sucedió en Rusia después del 17. Exactamente, ¡veamos! La revolución de 1917 ha sido efectuada por el partido en el sentido de Marx; en cuanto al partido que Lenin había querido construir a partir del *¿Qué hacer?* desarrolló permanentemente un papel de freno entre febrero y octubre. Lenin mismo fue revolucionario en 1917 sólo en tanto y cuanto que rechazó el *¿Qué hacer? en su práctica.* A continuación, la debilidad del proletariado ruso a asumir exclusivamente las tareas de la imposible revolución burguesa. El partido bolchevique aseguró la dirección del país y la teoría leninista del partido separado de las masas, «vanguardia consciente», que posee el saber y... la conciencia, sirvió de potente cortina ideológica a la burguesía de Estado. La ultraizquierda ha tomado esta ideología como el

fondo del problema: no es preciso un partido, dicen, pues en ese caso se acaba inexorablemente como en Rusia. La verdad es que no es el partido de Lenin el que ha traído la derrota de la revolución rusa; la ausencia de revolución mundial es la única que ha podido dar al partido de Lenin el aliento que ya había perdido entre febrero y octubre. Pues hay que distinguir entre el partido en el sentido de Marx y el partido bolchevique. Se piensa que la revolución de octubre la hizo el partido bolchevique. Es falso. El partido bolchevique, el partido que Lenin había intentado construir desde hacía más de quince años, la «dirección» de las masas, la «vanguardia», había sido, en tanto que tal, mandado al traste por el impulso de las masas organizadas (a las que se habían añadido desde el principio numerosos bolcheviques). Sólo la debilidad de la revolución le ha remitido, a continuación, casi inmediatamente después de octubre, todo el poder. Entonces, el aparato centralizado del partido bolchevique ha podido dirigir a las masas y organizar la vida de la sociedad rusa. Los ultraizquierdistas no comprendieron esta distinción y, así, llegaron al rechazo puro y simple de toda actividad coherente colectiva (I.C.O.). De esta manera, se contentan en adoptar una posición simétrica a la de Lenin. Lenin había querido construir un partido; los ultraizquierdistas lo rechazan. A favor o en contra de la construcción de un partido: los ultraizquierdistas no hacían más que aportar una contestación diferente a una misma pregunta falsa. Para nosotros, no basta con *invertir* la óptica de Lenin, hay que *abandonarla.*

En el plano de la actividad, I.C.O. ha adoptado también una posición exactamente simétrica a la de Lenin. Los grupos leninistas modernos (Lutte Ouvrière por ejemplo) intentan organizar a los obreros cueste lo que cueste. I.C.O. se contenta en hacer circular las informaciones sin tomar nunca una postura colectiva ante un problema. El siguiente análisis sobre I.C.O., aparecido en el n.º 11 de la *Interna-*

*tionale Situationniste* nos parece justo (lo que no significa naturalmente que aceptemos el conjunto de la teoría y la práctica situacionistas):

«Tenemos numerosos puntos de acuerdo con ellos (los camaradas de I.C.O.) y una oposición fundamental: creemos en la necesidad de formular una crítica teórica precisa de la actual sociedad de explotación. Estimamos que dicha formulación teórica sólo puede producirla una colectividad organizada; e inversamente pensamos que todo engarce permanente organizado actualmente entre los trabajadores debe tender a descubrir una base teórica general de su acción. Lo que «La Miseria en el medio estudiantil» llamaba la elección de la *inexistencia*, hecha por I.C.O. en este terreno, no significa que pensásemos que a los camaradas de I.C.O. les faltan ideas, o conocimientos teóricos, sino, al contrario, que al poner entre paréntesis esas ideas, que son múltiples, pierden más de lo que ganan en capacidad de unificación (lo que en el fondo es de la mayor importancia práctica)».

Pronto precisaremos con más detalle de qué tareas revolucionarias nos encargamos.

### III. EL CONTENIDO DEL SOCIALISMO

---

La revolución rusa se vio obligada a asumir la tarea de desarrollar el capitalismo en Rusia. Administrar la economía lo mejor posible se convirtió en la consigna principal. A partir de los cuadros del partido bolchevique y de los antiguos «especialistas» burgueses se emprendió la formación de un cuerpo de funcionarios eficaces. La ultraizquierda llegó a la conclusión de que la administración de una minoría situada por encima de la clase obrera no podía ser el socialismo: a la gestión burocrática, los ultraizquierdistas oponían la gestión obrera. Se desembocó así en una ideología coherente de ultraizquierda cuyo centro está formado por los consejos obreros; instrumentos de lucha, de toma del poder y administración de la sociedad futura, los consejos ocupan (por ejemplo, en el libro de Pannekoek *Los consejos obreros*)\* el lugar central reservado al partido en la ideología leninista. De hecho, esta concepción nos obliga a reflexionar sobre lo que verdaderamente es la sociedad capitalista, ya que antes de saber lo que es el socialismo necesitamos saber a qué se opone. La teoría de la gestión obrera nos presenta en primer lugar al capitalismo como un modo de gestión: lo decisivo es que la economía está dirigida por una minoría de capitalistas y no por las masas

---

\* Próxima edición en castellano por ZERO, S.A., mes de diciembre.

obreras. Reemplacemos por lo tanto a los patronos por los obreros.<sup>9</sup>

Pero, ¿es el capitalismo principalmente un modo de gestión? La crítica revolucionaria del capitalismo entablada por Marx no pone en primer plano la cuestión de saber quién administra el capital. Al contrario, Marx nos muestra a los capitalistas como simple función del capital; incluso llega a decir que el patrón no es más que un funcionario del capitalismo: «el capitalista no es más que el funcionamiento del capital, y el obrero el de la fuerza de trabajo». Los planificadores rusos, en vez de «dirigir» la economía, son dirigidos por ella, siendo así que todo el desarrollo de la economía rusa sigue las leyes objetivas de la acumulación capitalista. En suma, el «gestionario» está al servicio de relaciones de producción precisas y apremiantes. *El capitalismo no es un modo de gestión sino un modo de producción basamentado en unas relaciones de producción.* Son estas relaciones las que hay que destruir si es que se quiere derribar el capitalismo. El análisis revolucionario del capitalismo pone en primer lugar el papel del capital, quedando sometidos a sus leyes objetivas los «dirigentes» de la economía, tanto en la U.R.S.S. como en los EE.UU.

---

<sup>9</sup>Cf. I.C.O., n.º 101, «Fondements de l'économie communiste» y P. Mattick: *Marx et Keynes*, Gallimard, 1972.

El capitalismo se basa en el intercambio, presentándose a primera vista como una «inmensa acumulación de mercancías». Pero si bien no podría existir sin el intercambio, el capitalismo se diferencia de la producción simple de mercancías, constituyéndose incluso a través de una lucha contra la producción mercantil simple. El capital se fundamenta principalmente en un intercambio especialmente particular, el intercambio entre trabajo viviente y trabajo muerto. La originalidad de Marx respecto a los economistas clásicos consiste en primer lugar en la producción del concepto de *fuerza de trabajo*, que permite percibir el secreto de la plusvalía, al distinguir entre trabajo necesario y trabajo suplementario.

¿Cómo se confrontan unas mercancías con otras? ¿A través de qué mecanismo se mide que una cantidad  $x$  de mercancía A equivale a una cantidad  $y$  de mercancía B? Marx plantea que hay que investigar la explicación de la relación  $xA-yB$  en una relación cuantitativa y no en el carácter concreto de A y de B, o sea, en la calidad respectiva de estas dos mercancías. A y B sólo pueden intercambiarse (en la proporción  $xA = yB$ ) si contienen una cantidad de «algo en común» (Marx, *El Capital*, I, 1). Si hacemos abstracción del carácter concreto, útil, de A y de B, «ya no les queda más que una calidad, la de ser un

producto del trabajo» (Marx. ídem): A y B se intercambian en unas proporciones determinadas por las cantidades respectivas de trabajo cristalizadas en ambas mercancías; estas cantidades de trabajo tienen a su vez como medida su duración en el tiempo. *El tiempo de trabajo medio socialmente necesario* al que nos conduce el análisis es una abstracción: no se puede calcular lo que representa una hora de trabajo medio para una sociedad determinada. Pero distinguiendo entre trabajo concreto y trabajo abstracto, Marx puede comprender el mecanismo del intercambio y analizar un tipo de intercambio particular: el asalariado.

«Lo mejor que hay en mi libro es en primerísimo lugar haber demostrado desde el *primer* capítulo el doble carácter del trabajo según se exprese como valor de uso o valor de cambio (*toda* la inteligencia de los hechos se basa en esta tesis)...» (Carta a Engels, 24 de agosto de 1867).

La compra y venta de cualquier mercancía, incluida la fuerza de trabajo, obedecen a lo que Marx llama la ley del valor. Esta ley se presenta a primera vista bastante simplemente: las mercancías se intercambian a su valor, determinado por el tiempo de trabajo *medio* necesario para su producción. Ahora bien, Marx afirma en el libro III de *El Capital* que «el intercambio de las mercancías a sus valores —o aproximadamente a sus valores— supone... una fase menos avanzada que el intercambio a los precios de producción, que requiere un nivel elevado del desarrollo capitalista».

En efecto, la ley del valor es concebida a la vez como la causa y la consecuencia de una larga evolución histórica compleja y contradictoria.

El intercambio aparece en la sociedad primitiva en el momento en que el grado de la productividad del trabajo permite a una comunidad producir por encima de la satisfacción de sus propias necesidades. La división del trabajo aparece, así como el *dinero*, «*equivalente general*» de las demás mercancías: el valor de cambio parece

adquirir de este modo una cierta autonomía, personificada e individualizada por el usurero y el comerciante, que viven de la circulación del dinero y, a fin de cuentas, son mantenidos por el trabajo suplementario de los trabajadores productivos. Quien dice dinero, dice *precio*: el precio no es más que la forma monetaria del valor, aunque no coincide con el valor. El juego de la oferta y la demanda se efectúa en tres planos, habiendo competencia: 1) entre los vendedores; 2) entre los compradores; 3) entre los vendedores y los compradores. La relación entre la oferta y la demanda hace bajar o subir el precio por debajo o por encima del valor. Pero lo que determina el valor de la mercancía, en un período determinado y en los límites de dichas oscilaciones, no es la competencia, sino los costos de producción de la mercancía considerada. El valor de la mercancía está determinado por el tiempo de trabajo medio y su precio por la relación entre la oferta y la demanda. La ley del valor se presenta entonces como «la ley que, dentro de los límites de los períodos comerciales, mantiene necesariamente el precio de una mercancía igual a sus costos de producción». (Marx, *Trabajo asalariado y capital*).

Hasta aquí, nos hemos situado en el marco de la producción mercantil simple. Pero el capitalismo debería desarrollar la ley del valor y complicar extremadamente la relación precio/valor. La acumulación primitiva capitalista se basa esencialmente en dos puntos: la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía, lo que suponía que apareciera libre en el mercado y que constituyera un elemento diferenciado del resto en el proceso de trabajo; y la acumulación de importantes capitales susceptibles de invertirse en la industria (las enormes sumas amasadas bajo el sistema mercantilista entre los siglos XV y XVII se usaron con estos fines). En un contexto completamente diferente, uno de los objetivos de la liquidación de los kulak y los Nepmen en Rusia, a partir de 1928, radicaba en permitir al Estado apoderarse de una importante cantidad

de valores para invertirlos en la industria. En ambos casos, el desarrollo del capital comercial ha constituido la etapa necesaria que ha posibilitado un prodigioso impulso industrial. Producto del desarrollo del intercambio, el capital extiende a su vez el intercambio por todo el planeta, modificando a través de su acción, no la ley del valor, sino la forma en que se manifiesta: las formas del valor son transformadas, a fin de conservar mejor y desarrollar al máximo el contenido de la *ley*. La distinción precio/valor existía ya antes de que la fuerza de trabajo se intercambiase, pero el capital industrial prolonga y modifica la relación precio/valor. Es sabido que el precio gira en torno al valor según las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Pero en la sociedad capitalista nace *toda una dinámica* de la relación precio/valor.

«¿Qué sucederá si el precio de una mercancía sube?»

«Los capitales se lanzarán en masa a la industria que prospera, persistiendo esta afluencia de capitales al terreno favorable hasta el momento en que las ganancias vuelvan a ser normales, o, mejor dicho, hasta el momento en que la sobreproducción haga caer los precios de esos productos por debajo de los costos de producción.» (Marx, *Trabajo asalariado y capital*).

Marx retoma este problema de manera sistemática en el libro III de *El Capital*:

«Debido a la composición orgánica<sup>10</sup> diferente de los capitales invertidos en las diversas ramas de la producción, entonces, teniendo en cuenta el hecho de que cantidades muy distintas de trabajo son puestas en acción por capitales de igual magnitud, según el diferente porcentaje que la parte variable constituye en un capital total de volumen determinado, estos capitales se apropian de cantidades muy diferentes de trabajo suplementario o bien producen unas

<sup>10</sup> Marx distingue de esta manera al capital variable, invertido en salarios, del capital constante, invertido en medios de producción.

masas muy diferentes de plusvalía. Por consiguiente, las tasas de ganancia que predominan en las diversas ramas de producción revelan originariamente grandes diferencias. Bajo el efecto de la competencia, estas tasas de ganancia diversas se igualan en una tasa de ganancia general, que es la media de todas las diferentes tasas de ganancia. Se designa por *ganancia media* la ganancia que, conforme a dicha tasa de ganancia general, corresponde a un capital de magnitud determinada, cualquiera que sea su composición orgánica. Se obtiene el *precio de producción* de una mercancía añadiendo a su costo de producción la parte de la ganancia media anual sobre el capital invertido (y no solamente consumido) en su producción, parte calculada según sus condiciones de rotación.»

Este proceso no es ni más ni menos que la persecución de la tasa de ganancia: el desarrollo de los intercambios produce un precio de mercado que oscila con las fluctuaciones de la competencia en los límites que hemos descrito. El movimiento de los precios de mercado (o precios corrientes) aparece como una negación de la ley del valor. Pero la circulación del capital, sus desplazamientos incessantes en búsqueda de ramas en las que los costos de producción sean menos elevados, tienden a uniformizar las tasas de ganancia. El capitalismo tiende a establecer lo que Marx llama un «comunismo del capital», en el que se redistribuye la plusvalía. Así, se crea un precio de producción, especie de medida de las oscilaciones de los precios de mercado para cada mercancía.

«El precio así igualado, que reparte igualmente la plusvalía social entre las masas de capitales en proporción a su magnitud, es el *precio de producción* de las mercancías, el centro en torno al cual oscilan las mercancías». (Marx, *El Capital*, III).

Aun negando el precio de mercado, el precio de producción aparece como una nueva negación de la ley del valor,

ya que el precio de las mercancías se compone del costo de producción *más* la ganancia media.

«Puede parecer entonces que la teoría del valor sea en este punto incompatible con el movimiento real y los movimientos empíricos de la producción.» (Marx, *idem*).

Marx nos invita a razonar al nivel de la sociedad considerada globalmente y a examinar el proceso de producción capitalista desde el punto de vista de la totalidad.

«El capital invertido en algunos sectores de la producción tiene una composición media, es decir, exacta o aproximadamente la composición del capital social medio:

«En esos sectores, el precio de producción de las mercancías coincide exacta o aproximadamente con su valor expresado en dinero.» (Marx, *idem*).

En los otros sectores, el precio de producción no coincide con el valor, produciéndose lo que Marx llama un fenómeno de «compensación»:

«Suponer que las mercancías de los diferentes sectores de la producción se venden a su valor significa simplemente que su valor es el eje central en torno al cual gravitan sus precios y se equilibran sus continuas alzas y bajas. Por consiguiente, será siempre necesario distinguir, además del valor individual de las mercancías particulares producidas por los diferentes productores, un *valor de mercado*... Para una parte de esas mercancías, el valor individual se encontrará por debajo del valor de mercado (si su producción exige un tiempo de trabajo más corto del que refleje el valor de mercado); para otras mercancías, el valor individual excederá a su valor.» (Marx, *idem*).

El interés del análisis de Marx está en el intento de ligar directamente la relación oferta/demanda con la cuestión del tiempo de trabajo (como ha hecho más arriba al distinguir valor y precio):

«Para que una mercancía se venda a su valor comercial, es decir proporcionalmente al trabajo socialmente necesario que contiene, la cantidad del trabajo social consagrada a la

masa total de esta clase de mercancía debe corresponder a la amplitud de la necesidad que la sociedad siente por ella... naturalmente, de la necesidad social solvente. La competencia, las fluctuaciones de los precios corrientes que corresponden a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, tienden constantemente a hacer volver a este nivel la cantidad total del trabajo consagrado a cada categoría de mercancías.» (Marx, *idem*)

No hay contradicción entre el valor, por un lado, y el costo de producción *más* la ganancia media por el otro lado. Es el mismo funcionamiento del capitalismo, por la transformación de la plusvalía en ganancia, el que distingue la fracción del valor de una mercancía que representa al costo de producción de la fracción del valor que representa la ganancia media; la ganancia media, si bien aparece como «exterior» (Marx), no deja de ser por ello el producto de la inversión de la totalidad del capital comprometido por la sociedad.

«Claro está, si se toma en consideración el capital social total, el valor de las mercancías que ha producido (o, en términos monetarios, su precio) es igual al valor del capital constante, más el valor del capital variable, más la plusvalía.» (Marx, *idem*).

«Naturalmente, la ganancia media no puede ser otra cosa más que la masa total de plusvalías repartida sobre la masa de capitales, de acuerdo con sus magnitudes, en los diversos sectores de la producción.» (Marx, *idem*)

Al negar doblemente la ley del valor con el precio de mercado y el precio de producción, el capitalismo no hace más que reforzarla y extenderla. El valor adquiere ahora una forma «modificada», pero la transformación de los valores en precio de producción y la creación del valor comercial distinto del valor individual verifican la ley generalizándola:

«Las mercancías son —consideradas en bloque y a la escala social— vendidas *a su valor*. (Marx, *idem*).

Marx resume así el mecanismo de *la manifestación de la ley a través de su doble negación*:

«La competencia consigue establecer, primero en un sector determinado, un valor comercial y un precio corriente uniformes a partir de los diferentes valores individuales de las mercancías. Pero únicamente la competencia de los capitales en los diferentes sectores engendra el precio de producción, que iguala la ganancia entre estos sectores. Este proceso requiere un desarrollo del modo de producción capitalista superior al del estadio inferior.

«(...) Hay siempre compensación: si en una mercancía hay demasiada plusvalía, en otra mercancía hay demasiado poca, de tal modo que las separaciones entre los valores y los precios de producción se compensan recíprocamente. En el sistema de producción capitalista, la ley general no se impone como tendencia dominante más que de manera aproximada y compleja, como un término medio e inverificable entre fluctuaciones eternas.» (Marx, *idem*).

La importancia de todos estos desarrollos radica en la clarificación del ciclo histórico del intercambio que prosigue bajo el capitalismo. El «marxismo» vulgarizado ha hecho de la ley del valor un simple mecanismo regulador, rechazando lo que centraba el interés del trabajo de Marx: la investigación de una *dinámica del capitalismo*. Uno de los elementos de esta dinámica es, por el mismo movimiento de la ley del valor, el tiempo de trabajo:

«Lo que demuestro precisamente es que, debido a que el valor de la mercancía está determinado por el *tiempo de trabajo*, el precio medio de las mercancías no puede ser nunca igual a su valor.» (Marx, *Teorías sobre la plusvalía*).

El tiempo de trabajo medio determina efectivamente toda la organización social de la producción y la distribución; regula las proporciones en que las fuerzas productivas se destinan a un uso u otro en este o en aquel lugar. La ley del valor «se afirma fijando las proporciones necesarias de trabajo social no en el sentido general que se aplica en

cualquier sociedad, sino solamente en el sentido requerido por la sociedad capitalista; dicho con otras palabras, la ley del valor establece un reparto proporcional del conjunto del trabajo social en función de las necesidades específicas de la producción capitalista.» (Paul Mattick, I.S.E.A., 59). Es, entre otras, por esta razón, que los capitales no irán a invertirse en una fábrica en las Indias, incluso si la producción de esta fábrica es necesaria para la supervivencia de la población; el capital se dirige siempre allí donde se multiplica con mayor rapidez. La regulación por el tiempo de trabajo medio impone que sólo se desarrolle una producción determinada allí donde el tiempo de trabajo necesario para obtener dicha producción esté lo más cerca del tiempo de trabajo medio.

«En un régimen social en el que la interdependencia del trabajo social existe bajo la forma del intercambio privado de los productos individuales del trabajo, la forma bajo la que se manifiesta el reparto proporcional del trabajo es precisamente el valor de cambio de esos productos.» (Marx, *Carta a Kugelmann*, 11 de julio de 1868).

Tal es la racionalidad del capital: el valor de cambio por el tiempo de trabajo medio. El interés del análisis de Marx radica en mostrar que es ese mismo movimiento el que produce la irracionalidad del sistema capitalista. Nosotros no consideraremos aquí más que *uno de los aspectos* de esta contradicción, sacado de las indicaciones que da Marx sobre la definición del tiempo de trabajo.

## V. LA CONTRADICCIÓN DEL TIEMPO DE TRABAJO

Hemos recordado el papel —central— del trabajo suplementario en el análisis de la producción de plusvalía. Marx insiste sobre el origen, la función y el límite histórico del trabajo suplementario:

«El grado de productividad alcanzado nos indica si una parte del tiempo de producción basta para la producción inmediata y si otra parte incesantemente creciente puede emplearse para crear medios de producción. Esto supone que la sociedad esté en grado de acoger, y que pueda recoger, tanto del consumo inmediato como de la producción que se le dedica, una parte creciente de la riqueza ya creada para emplearla en un trabajo que no es inmediatamente productivo (en el seno del proceso de producción material).

«Todo ello exige por lo tanto que se haya alcanzado ya un cierto nivel de productividad y un excedente relativo, pudiendo decirse, con mayor exactitud, que se mide directamente este nivel en el grado en el que el capital circulante se transforma en capital fijo.» (Marx, *Grundrisse*).

De esta manera, el asalariado permite desarrollar las fuerzas productivas a un nivel inimaginable hasta entonces:

«La verdadera economía (ahorro) se refiere al tiempo de trabajo (el mínimo y reducción a un mínimo de los costos de producción); ahora bien, lo que ocurre es que esta econo-

mía corresponde al desarrollo de la fuerza productiva.» (Marx, *idem*).

El asalariado permite la producción de plusvalía debido a la apropiación del trabajo suplementario por el capital. En este sentido, la miseria a la que condena al obrero es una necesidad histórica. Es preciso obligar al trabajador para que abastezca trabajo suplementario. Mas de este modo las fuerzas productivas se desarrollan y aumentan la parte relativa del trabajo suplementario en la jornada de trabajo del obrero: «el capital crea una gran cantidad de tiempo disponible (...), dicho con otras palabras, un margen de espacio para el desarrollo de todas las fuerzas productivas de cada individuo, y por lo tanto también de la sociedad. (...) El capital tiende siempre por su propia naturaleza a crear un tiempo de trabajo disponible por un lado, para transformarlo en trabajo suplementario por el otro lado.» (Marx, *idem*).

La «existencia contradictoria» del trabajo suplementario aparece entonces limpiamente:

- crea la riqueza social,
- lleva la miseria al trabajador que lo abastece.

Esta contradicción tiene una base objetiva: la necesidad del progreso de las fuerzas productivas. Pero, a partir del momento en el que este crecimiento alcanza un grado fantásticamente elevado, el trabajo suplementario se hace tan importante en comparación con el trabajo necesario, que es posible transformar la relación trabajo necesario/trabajo suplementario y destruir la «base contradictoria del trabajo suplementario». El capital «es así, a pesar suyo, el instrumento que crea los medios del tiempo social disponible, que reduce incesantemente a un mínimo el tiempo de trabajo para toda la sociedad y libera por ende el tiempo de todos a través del desarrollo propio de cada uno.» (Marx, *Grundrisse*).

En el socialismo, el excedente de trabajo respecto al

trabajo necesario perderá el carácter de trabajo suplementario que le imponían los límites históricos de las fuerzas productivas bajo el capitalismo: el tiempo disponible ya no estará fundado en la pobreza del trabajo. Ya no hará falta la miseria para crear la riqueza. Cuando la relación entre el trabajo necesario y el trabajo suplementario sea trastornada por el desarrollo de las fuerzas productivas, el excedente de tiempo más allá del trabajo necesario para la existencia material perderá su forma transitoria de trabajo suplementario.

«El tiempo libre —tanto para el ocio como para las actividades superiores— transformará con toda naturalidad a quien lo disfruta en un resultado diferente, siendo este hombre transformado el que se presentará seguidamente en el proceso de producción inmediato.» (Marx, *idem*).

La economía de tiempo de trabajo es una necesidad absoluta para el desarrollo de la humanidad: fundamenta al mismo tiempo la posibilidad del capitalismo y, en un estadio más desarrollado, la del comunismo. Se trata del *mismo movimiento* que desarrolla el capitalismo el que hará que el comunismo aparezca como posible y necesario a la vez.

Paralelamente, la ley del valor y la medida por el tiempo de trabajo medio resultan comprometidas en el mismo proceso. La ley del valor expresa el límite del capitalismo y desempeña un papel necesario. Mientras que las fuerzas productivas están aún poco desarrolladas, y mientras que el trabajo inmediato constituye el factor esencial de la producción, la medida por el tiempo de trabajo se impone como una necesidad absoluta. No obstante, con el desarrollo del capital (del capital fijo en particular), «la creación de riquezas depende cada vez menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo utilizada, y cada vez más de la potencia de los agentes mecánicos que son puestos en movimiento durante el transcurso del trabajo. La eficiencia enorme de estos agentes, en cuanto a ellos respecta, no

tiene relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta la producción.» (Marx, *idem*).

La miseria del proletariado ha permitido así desarrollar prodigiosamente el capital fijo, en el que se encuentran precisamente cristalizados todos los conocimientos científicos y técnicos de la humanidad (la automatización, cuyas aplicaciones empezamos a ver, hoy por hoy no constituye más que una de las etapas de este desarrollo). Ahora bien, el capital continúa ajustando la producción mediante la medida por el tiempo de trabajo medio:

«El capital es una contradicción pleiteante: por un lado, empuja a la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo y, por otro lado, pone al tiempo de trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza. Así, disminuye el tiempo de trabajo bajo su forma necesaria para acrecentarlo bajo su forma de trabajo suplementario.» (Marx, *idem*)

Lo que hemos escrito sobre la «existencia contradictoria» del trabajo suplementario debe enlazarse a la cuestión del tiempo de trabajo. La famosa contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción no puede comprenderse más que si se ven con claridad las oposiciones siguientes y los lazos estrechos que las unen:

- contradicción entre el rol del tiempo de trabajo medio como regulador de las fuerzas productivas «en vías de desarrollo» y su crecimiento que *tiende* a destruir la razón de ser de esta función;
- contradicción entre la necesidad de desarrollar al máximo el trabajo suplementario del obrero a fin de producir lo más posible, y el mismo crecimiento del trabajo suplementario que hace posible su supresión.

La relación contradictoria relaciones de producción/ fuerzas productivas sólo puede comprenderse como un *concepto a construir*, como síntesis de varias cuestiones a diferentes niveles (problemas del crédito, de la renta, etc.

Cf. *El Capital*, libro III): la contradicción del tiempo de trabajo y la dinámica de esta contradicción son una de las manifestaciones de la oposición entre el crecimiento de las capacidades productivas y las relaciones sociales en la sociedad capitalista.

Marx ha intentado sintetizar estas dos cuestiones:

«Desde el momento en que el trabajo, en su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su medida, y el valor de cambio deja por consiguiente también de ser la medida del valor de uso. El *trabajo suplementario de las grandes masas* ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, lo mismo que el *no trabajo de algunos* ha dejado de ser la condición del desarrollo de las fuerzas generales del cerebro humano.» (Marx, *idem*).

La «liberación del hombre» tan anunciada por todos los utopistas (antiguos y modernos) es en ese momento posible:

«La producción basada en el valor de cambio se derrumba por este hecho. (...) Se instaura entonces el libre desarrollo de las individualidades. Desde ese momento, ya no se trata de reducir el tiempo de trabajo necesario con el objeto de desarrollar el trabajo suplementario, sino de reducir en general el trabajo necesario de la sociedad a un mínimo. Ahora bien, esta reducción supone que los individuos reciben una formación artística, científica, etc., gracias al tiempo liberado y a los medios creados en beneficio de todos.» (*idem*).

Lo que se podría llamar la dialéctica del tiempo de trabajo tiene también su interés acerca de la sociedad comunista y de la transición necesaria que lleva a ella. Al plantear el problema del tiempo de trabajo y de la medida tal y como hemos intentado hacerlo, es posible comprender las afirmaciones de Marx que, de un primer vistazo, podrían parecer paradójicas, hasta incluso contradictorias.

«Cualquier niño sabe que cualquier nación perecería si esta interrumpiera el trabajo, aunque tan sólo fuera duran-

te una semana\*. Sabe asimismo que la creación de productos correspondientes a las diversas necesidades requiere diversas cantidades determinadas de trabajo social colectivo. Ahora bien, es muy evidente que una forma determinada de producción social no puede eliminar en absoluto la necesidad de una distribución, en unas proporciones definidas, del trabajo social; únicamente pueden transformarse sus manifestaciones. No se pueden eliminar las leyes de la naturaleza. En unas condiciones históricas diferentes, solamente puede transformarse la forma en que se manifiestan estas leyes.» (Marx, *Carta a Kugelmann*, 11 de julio de 1868).

Hemos visto que, bajo el capitalismo, la ley del valor organiza lo que Bujarin llama «las proporciones socialmente indispensables entre las diferentes ramas de la producción», creando así lo que él denomina «el estado de equilibrio» de la sociedad, siendo el trabajo medio el regulador fundamental. Asimismo, no deja de ser curioso leer por obra de la pluma de Marx que «en realidad, *ningún tipo* de sociedad puede impedir que la producción sea ajustada, de una manera u otra, por el tiempo de trabajo disponible de la sociedad. Sin embargo, mientras que la fijación de la duración del trabajo no se efectúe bajo el control consciente de la sociedad —cosa que sólo puede hacerse bajo el régimen de la propiedad común— sino por el movimiento de los precios de las mercancías, tu tesis expuesta con tanta justeza en *Los Anales Franco-alemanes* sigue siendo completamente válida.» (*Carta a Engels*, 8 de enero de 1868)<sup>11</sup>.

En realidad, no hay incoherencia en el pensamiento de

---

\* La huelga general de tres semanas en el Mayo 68 es un signo del enorme desarrollo de las fuerzas productivas y las reservas (J.B.)

<sup>11</sup> Marx alude aquí al artículo de Engels, *Esbozo de una crítica de la economía política*. Además, posteriormente, el mismo Engels comentó su trabajo en el *Anti-Dühring* (3.ª parte): «Vengo diciendo desde 1844 (...) que esta evaluación del efecto útil y del gasto del trabajo es todo lo que, en una sociedad comunista, podría subsistir del concepto de valor de la

Marx a ese nivel. Esta carta fue particularmente interpretada de todas las maneras posibles en el debate que opuso fundamentalmente a Bujarin y Preobrazhensky, sin que nunca, que nosotros sepamos, se esclareciera el verdadero análisis de Marx. Marx opone la regulación por el tiempo de trabajo *socialmente necesario* a la regulación por el tiempo *disponible*. Naturalmente, no significa que se apliquen dos métodos, sino que se trata de dos procesos históricos objetivos que ponen en juego el conjunto de las relaciones sociales. Son conocidas las páginas de la *Crítica del proyecto del programa de Gotha* en las que Marx explica que «en el seno de la sociedad cooperadora, fundada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no intercambian sus productos; asimismo, el trabajo empleado en los productos ya no aparece aquí *como valor* de estos productos, como una cualidad real que éstos poseen, pues en lo sucesivo, al revés de lo que ocurre en la sociedad capitalista, ya no es mediante un rodeo como los trabajos del individuo se convierten en parte integrante del trabajo de la comunidad, sino directamente.»

Se cita menos este pasaje del libro II de *El Capital*:

«Supongamos, en lugar de una sociedad capitalista, una sociedad comunista. En primer lugar, el capital-dinero desaparece completamente y, con él, todas las transacciones disfrazadas que acarrea. La cuestión se reduce simplemente a que la sociedad está obligada a calcular por adelantado la cantidad de trabajo, de medios de producción y de subsistencia que puede emplear, sin el menor inconveniente, en unas empresas que, como por ejemplo la construcción de los tendidos de los ferrocarriles, no aportan durante un tiempo bastante largo, un año o incluso más, ni medios de producción o de subsistencias, ni ningún producto de utilidad inmediata, sino que substraen a la producción

---

economía política. Pero establecer científicamente esta tesis, como se ha visto, sólo se ha hecho posible gracias a *El Capital* de Marx.»

anual total un trabajo de medios de producción y de subsistencia. En la sociedad capitalista, por el contrario, donde la inteligencia social no se manifiesta más que a hecho consumado, es inevitable que se produzcan constantemente grandes perturbaciones.»

Marx plantea entonces un hecho: en la sociedad comunista existirá un nivel muy alto de desarrollo de las fuerzas productivas. Este nivel permitirá que ya no tenga que medirse la riqueza en tiempo de trabajo medio. No obstante, será rigurosamente preciso estudiar la importancia relativa que se dará a tal o cual rama y, por consiguiente, escoger y calcular. Solamente, la «medida» ya no se hará en función del costo social del producto, sino con relación a la confrontación de las diversas necesidades. «A cada cual según sus necesidades», en la óptica de Marx, no significa que «todo» existirá «en abundancia»; la noción de «abundancia» absoluta es a su vez una noción ideológica y no un concepto científico. La fórmula «A cada cual según sus necesidades» implica efectivamente un cálculo y una elección, no ya sobre la base del valor de cambio, sino en función del valor de uso, de *la utilidad social del producto considerado*.<sup>12</sup> Además, Marx expone ya este punto en *Miseria de la filosofía*:

«En una sociedad por venir, en la que el antagonismo de clases habría cesado, el uso no estaría ya determinado por el *mínimo* del tiempo de producción, sino que el tiempo de producción que se consagraría a un objeto estaría determinado por su grado de utilidad.»

Es así como se aclara a nuestros ojos la famosa frase sobre el paso del reino de la «necesidad» al reino de la «libertad». Esta libertad se concibe como una *relación* en la cual los hombres dominan el proceso de producción de la vida material, pudiendo finalmente *adaptar* sus aspiracio-

---

<sup>12</sup> Con este razonamiento, el problema de los países atrasados y de su desarrollo a todos los niveles se plantea de una manera nueva (cf. India).

nes al nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas<sup>13</sup>. El crecimiento de la riqueza social y la expansión de la individualidad coinciden.

«La riqueza verdadera significa, en efecto, el desarrollo de las fuerzas productivas de todos los individuos. Desde ese momento, ya no es el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible el que mide la riqueza.» (Marx, *Grundrisse*).

En este sentido, Rubel tiene razón cuando habla del «tiempo, campo de la liberación humana.»<sup>14</sup>.

Está claro que la dinámica analizada por Marx excluye toda hipótesis de un paso *gradual* al comunismo por la desaparición progresiva de la ley del valor. Completamente al contrario, la ley del valor no deja de manifestarse con fuerza hasta la destrucción del capitalismo; la ley del valor no se detiene jamás de destruirse a sí misma... para reaparecer siempre a un nivel superior. Hemos demostrado que el movimiento que la ha engendrado tiende a destruir su razón de ser, pero no por ello deja de existir y de regular el funcionamiento del sistema. Por esto mismo se impone la necesidad de una revolución. Pero al mismo tiempo se comprende cómo es posible esta revolución. El motor de la lucha revolucionaria no es ni una «conciencia» ni la «espontaneidad» pura de los obreros, sino el crecimiento de las fuerzas productivas, siendo una de sus componentes esenciales, para Marx, el mismo proletariado.

En definitiva, la naturaleza contradictoria del tiempo de trabajo plantea el problema del doble carácter del mismo trabajo, fuente de la dialéctica valor de uso/valor de cambio. El análisis de Marx, a través de todos los manuscritos que estamos en medida de conocer, intenta dar una

---

<sup>13</sup> «El *hic* de la sociedad burguesa es precisamente no permitir *a priori* una organización social de la producción que sea consciente: lo racional y lo necesario no se afirman más que como medios, siendo su acción ciega.» (Marx, *Carta a Kugelman*, 11 de julio de 1868).

<sup>14</sup> *Pages choisies* (op. cit.), p. 307.

definición del capital, así como del papel que desempeña en la historia del intercambio. Nos hemos limitado aquí a presentar un aspecto del trabajo de Marx. Y por añadidura, el análisis de Marx, por muy complejo que sea, no sería suficiente; en cualquier caso y en primer lugar es necesario conocerlo bien. Es por esta razón que nos concentramos en Marx. Tengamos cuidado en no imitar a aquel pensador del que decía Marx que no era capaz de resolver los problemas más que simplificándolos.

## VI. LA «GESTION OBRERA»

---

La teoría de la gestión obrera de la sociedad por los consejos obreros ignora completamente el movimiento del capitalismo, conservando todas sus categorías y características: salario, cambio, ley del valor, limitación de la empresa, etc. El socialismo que nos propone no es más que un capitalismo... democráticamente administrado por los obreros. Una de dos: o bien los consejos obreros pretenderían funcionar de una manera distinta de las empresas capitalistas (cosa imposible, al permanecer las relaciones de producción capitalista). Los consejos obreros serían entonces barridos por la reacción, cuya fuerza principal radicaría en la sobrevivencia de dichas relaciones. Las relaciones de producción no son unas relaciones de hombre a hombre (ver la definición del *Socialisme ou Barbarie*:<sup>15</sup> las relaciones de producción capitalistas existen allí donde hay dirigentes y dirigidos), sino la manera en que los diferentes factores del proceso de trabajo se relacionan los unos con los otros: el factor «subjetivo» (la fuerza de trabajo humana) y el factor «objetivo» (los medios de producción, las materias primas, etc.). Lo que constituye la esencia de las relaciones capitalistas, es el surgimiento de los factores objetivos como

---

<sup>15</sup> Cf. nuestra presentación a *Notes pour une analyse de la révolution russe*.

potencia *extranjera* al trabajador, potencia que le domina en tanto que *capital*. La relación «humana» dirigente-dirigido no es más que una manifestación de la relación fundamental asalariado-capital.

O bien los consejos obreros aceptarían funcionar como empresas capitalistas. Pero entonces el sistema de los consejos sólo sobreviviría como una ilusión destinada a enmascarar la explotación, y los dirigentes «elegidos» no tardarían en convertirse en todos los aspectos idénticos a los capitalistas tradicionales. La función de capitalista, dice Marx, tiende irresistiblemente a separarse de la del obrero: «La ley exige además que el desarrollo económico atribuya estas funciones a personas diferentes;... tal es la tendencia en la sociedad donde predomina el modo de producción capitalista.» La gestión obrera desembocaría así en el capitalismo. O más bien, el capitalismo no habría dejado nunca de serlo con todos sus corolarios: competencia, asalariado...

La burocracia bolchevique tomó el control de la economía; la ultraizquierda quiere que sean las masas quienes tomen dicho control. Una vez más, la ultraizquierda se ha quedado en el terreno del leninismo, contentándose ahí también con aportar una contestación diferente a la misma pregunta. Actuando así, planteaba no obstante un principio justo (al contrario de Lenin): la toma en mano de la producción por los obreros es necesaria. Pero no es un fin en sí: se trata de una condición necesaria pero no suficiente para la destrucción del capitalismo. El socialismo no es la gestión del capital, ni siquiera «democrática» y «obrera», sino su destrucción.

## VII. LA LIMITACION HISTORICA DE LA ULTRAIZQUIERDA

---

Al examinar estos dos puntos, no hemos hecho más que recordar la tesis fundamental de Marx: en la sociedad dominada por el capitalismo hay un movimiento hacia la revolución. La tarea nuestra es, en primer lugar, afirmar ese movimiento. Los problemas «de organización» y de contenido del socialismo se esclarecen. Producido por la sociedad capitalista, el movimiento revolucionario lleva su sello: división manual/intelectual. Sin embargo, no es preciso teorizar este aspecto, ni en el sentido de Lenin ni en el de I.C.O., sino reconocerlo como una fase inevitable que sólo desaparecerá con el triunfo completo de la revolución. No hay pues, al contrario de lo que dice Lenin, un «problema de organización». No hay más que formas de las que se dota el movimiento espontáneo hacia el comunismo producido por la sociedad misma. La aportación teórica de Marx es justamente esta aclaración de la dinámica interna que lleva del capitalismo al comunismo. El socialismo deja de aparecer como la simple gestión de la sociedad por el proletariado, presentándose como la terminación del ciclo histórico del capital por parte del proletariado. El proletariado no puede contentarse con apoderarse del mundo: tiene que llevar a su fin al movimiento del capitalismo. Lo que separa a Marx de todos los pensadores utopistas y reformistas es que, para él, el socialismo es el producto de

una dinámica objetiva; de la misma dinámica que engendró al capitalismo y lo propagó por toda la tierra. Marx insiste principalmente en el *contenido* de este movimiento. Lenin y la corriente ultraizquierda han insistido sobre todo en su *forma*: forma de organización, forma de gestión de la sociedad socialista, olvidando el contenido del movimiento revolucionario. Este «olvido» era a su vez un producto histórico. La situación de su época y especialmente el desarrollo limitado de las fuerzas productivas, no permitía a las luchas revolucionarias tener un contenido *comunista* (en el sentido que hemos definido). Impuso a los revolucionarios unas formas que no podían ser radicales, comunistas. A su vez, estas formas marcaron y acrecentaron los límites de la época.<sup>16</sup>

Las ideas ultraizquierdistas se formaron y desarrollaron efectivamente en una época en la cual las condiciones de maduración de la revolución no estaban aún realizadas. El capitalismo no estaba todavía suficientemente desarrollado ni el proletariado tenía la fuerza necesaria como para que la revolución comunista fuera posible. El leninismo no hacía más que expresar la imposibilidad de la revolución en su época. Las ideas de Marx sobre el partido habían sido puestas aparte desde hacía tiempo; Engels mismo las había abandonado al final de su vida. Es la época de las grandes organizaciones reformistas, luego de los partidos de estilo bolchevique (que de hecho recaen rápidamente en el reformismo). El movimiento revolucionario no se había afirmado aún con la suficiente energía; prieto entre el socialdemocratismo y el leninismo, era incapaz en llegar a manifestarse como tal. Por doquier, en Alemania, Italia, Gran Bretaña, etc., se distingue por el encuadramiento y el

---

<sup>16</sup> Ver el trabajo muy interesante y documentado de Kommunistik Program, Postbox 61, 2880 Bagsvaerd, Danemark. Textos disponibles en francés: *La question syndicale et la gauche allemande dans la III Internationale* y *La perspective communiste*.

alistamiento de la clase obrera. Como reacción contra esta situación, los ultraizquierdistas caen en el temor de imponerse a los trabajadores. En lugar de comprender a los partidos leninistas como producto de la derrota obrera, rechazan todo partido y, como Lenin, dejan la concepción marxista del partido en las mazmorras de la historia. En cuanto al contenido del socialismo, basta con ver que, de 1917 a 1936, de la revolución rusa a la revolución española, pasando por las insurrecciones en Alemania, China, etc., *ningún* movimiento social de envergadura pone en cuestión el fondo mismo del capitalismo. Desde el momento en que un movimiento revolucionario triunfa, todo cuanto intenta es administrar el capitalismo, pero no derribarlo. En estas condiciones, la ultraizquierda *no podía* hacer una crítica real del leninismo. Sólo podía aferrarse sistemáticamente a la superficie, sin ir al fondo de las cosas, sin ver el contenido del movimiento revolucionario, simplemente porque este movimiento no aparecía a la luz del día. Por esto, pese a defender unas posiciones profundamente justas en algunos puntos (crítica de los sindicatos y de los partidos «obreros» sobre todo), no podían más que proponer a las *formas* preconizadas por el leninismo *otras formas*, sin extraer jamás el contenido del movimiento revolucionario. Los ultraizquierdistas reemplazaron así el fetichismo del partido leninista por el de los consejos obreros. Por consiguiente, puede decirse que la corriente de ultraizquierda no ha superado verdaderamente al leninismo. Sus concepciones eran necesarias en su tiempo y desempeñaron un papel extremadamente positivo; se trataba de una etapa necesaria e inevitable. Pero hoy en día, cuando el leninismo entra en su ocaso, porque la contrarrevolución de la que era producto se acerca a su fin, las ideas ultraizquierdistas, que no son más que *la pareja del leninismo*, deben y pueden ser superadas. Esta crítica sólo es posible porque el desarrollo del capitalismo a escala mundial permite percibir el contenido real del movimiento revolucionario que desarrolla al

mismo tiempo. Si nos agarrásemos, costara lo que costara a las ideas ultraizquierdistas que hemos expuesto (temor del partido y gestión obrera) no haríamos más que transformar esas ideas en pura ideología, en el sentido en que la entiende Marx en la *Ideología alemana*. Vivimos con una herencia importante, producto de una fase (que pronto será definitivamente superada) de la historia del movimiento revolucionario; si no conseguimos superar nuestro pasado, que en absoluto implica un rechazo brutal sino por el contrario una asimilación profunda, acabaremos recitando a Pannekoek lo mismo que otros recitan *Los principios del leninismo*. Cuando esta vez el contenido mismo de la revolución sea puesto en evidencia por ese «partido proletario» que no habremos sabido reconocer, nos veremos reducidos a una incapacidad total.

La izquierda italiana («bordiguismo») ofrece otro ejemplo interesante de corriente salida del mismo período y que no ha conseguido *comprender y superar sus orígenes*<sup>17</sup>. Aceptó las ideas de Lenin hasta el frente único; verdad antes de 1921, error después. Desde entonces, se ha desarrollado manteniendo la idea de un programa revolucionario que ataque los mismos fundamentos del capitalismo. Rechazando la teoría de la gestión obrera, la izquierda italiana ha hecho uno de los análisis más profundos de la economía rusa, poniendo en primer plano, no a la burocracia, como los trotskistas y *Socialisme ou Barbarie*, sino, con toda la naturalidad del mundo, las relaciones de producción. La revolución no puede consistir más que en destruir la ley del valor y de cambio. En cambio, la izquierda italiana, a pesar de comprender al partido como producto de la sociedad, continúa apegada a las tesis del *¿Qué hacer?*, razón por la

<sup>17</sup>Ver las revistas *Bilan* (publicada antes de la guerra), *Programme communiste* (desde hace una decena de años) y *Fil du temps*, así como el folleto *La question parlementaire dans l'Internationale Communiste*. También existe una documentación muy importante en italiano.

que surge una gran confusión teórica. No obstante, los textos bordiguistas son bastante interesantes. La izquierda italiana se ha quedado también prisionera de la época que la había hecho nacer. (Consultar a este respecto la revista *Invariance*, en particular: número 1 sobre el partido; número 2 sobre el valor; número 3, crítica de la autogestión; número 4, p. 66, sobre el mayo francés de 1968; número 5, «Perspectivas»; número 7, «La revolución comunista, Tesis de trabajo»; y una nueva serie, el número 1, «El K.A.P.D. y el movimiento proletario.»)<sup>18</sup>.

Nuestro texto no persigue más que un objetivo: *reconocer nuestra ideología para superarla*. Así, podremos emprender el trabajo teórico necesario: estudio del programa revolucionario, de la cuestión del valor en Marx y otros, del análisis del capitalismo (por ejemplo, el problema del imperialismo) así como trabajos históricos para asimilar mejor nuestro pasado (sobre el leninismo, sobre la III<sup>a</sup> Internacional...). Al mismo tiempo, podemos y debemos dar a conocer antiguos textos de ultraizquierda para demostrar a la vez su papel y su límite.<sup>19</sup>

Cuando el proletariado se constituye en clase, el revolucionario se une a él, sin que ninguna barrera teórica o sociológica impida unificarse al movimiento revolucionario. La *coherencia teórica*, como dicen los situacionistas en el extracto del número 11 de la *Internationale Situationniste* que hemos citado anteriormente, es un objetivo permanente de los revolucionarios en la medida en que siempre facilita la *coordinación práctica* de las energías revolucionarias. Los revolucionarios no vacilan jamás en intervenir de manera organizada para dar a conocer su crítica de la sociedad.

Para ellos, no se trata de dictar la «línea justa» a los

---

<sup>18</sup> Para una bibliografía detallada de las publicaciones de la izquierda italiana, ver *Invariance*, n.º 8.

<sup>19</sup> Un balance del trabajo del partido puede encontrarse en el n.º 3 de la revista *Le mouvement communiste*.

obreros revolucionarios; tampoco se trata de abstenerse de cualquier intervención revolucionaria coherente bajo el pretexto de que «los obreros deben decidir por sí mismos», pues, por un lado, los obreros sólo toman las decisiones que les impone la situación general de la sociedad y, por el otro lado, el movimiento revolucionario es una totalidad *orgánica* cuya teoría constituye un elemento inseparable. Los comunistas representan y defienden siempre los intereses generales del movimiento. En cualquier situación en la que se encuentren, no se niegan a expresar *todo* el sentido de lo que sucede y, en consecuencia, a hacer propuestas de acción. Si la situación es revolucionaria, si la expresión dada del movimiento así como las propuestas de acción son justas, entonces se integran necesariamente en la lucha del proletariado y contribuyen a formar el partido de la revolución comunista.

Este texto no es para tomarlo o dejarlo. No se trata de una plataforma, sino solamente de una contribución para un *trabajo teórico*. Pese a ser las hipótesis fundamentales de este texto el producto de una reflexión bastante larga, el texto mismo en su exposición puede parecer hecho con prisas y poco elaborado. Lo que significa es que pretendemos proseguir el trabajo.

## INDICE

<i>Nota editorial</i>	5
<i>Nota a la edición francesa</i>	7
<i>Introducción</i>	9
I. LA CORRIENTE DE ULTRAIZQUIERDA	11
II. EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACION	16
III. EL CONTENIDO DEL SOCIALISMO	23
IV. LA LEY DEL VALOR	25
V. LA CONTRADICCION DEL TIEMPO DE TRABAJO	34
VI. LA GESTION OBRERA	44
VII. LA LIMITACION HISTORICA DE LA ULTRAIZQUIERDA	46